Entre viejas y feministas

Lucía Rivadeneyra
lrivadeneyra@spin.com.mx

Para Ilse Salas Wesphal, por su intensidad

Hace más de seis años en una clase, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, leí un ensayo que había publicado Elena Poniatowska, en el ya extinto periódico *El Nacional* "Escribir en el año de 1994". Al terminar la lectura, pregunté a los alumnos y las alumnas qué opinaban. Después de unos segundos de reflexión, un discípulo respondió "aunque el artículo sea feminista, me gusta mucho".

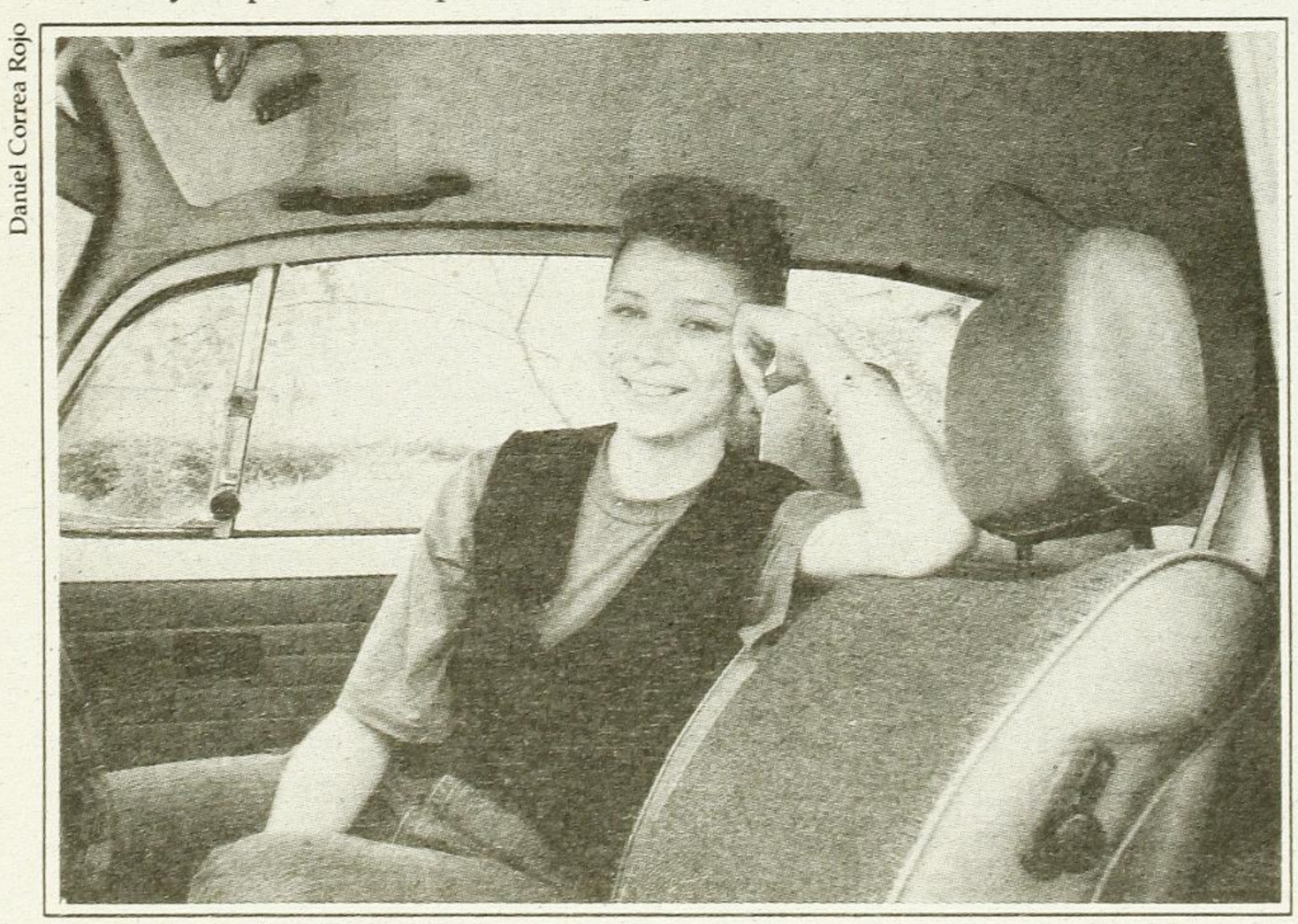
Hace unos cinco años una amiga muy querida aseveró: "cada día me siento mejor, me ascendieron en mi trabajo; mi hija pasó a secundaria, me operé hace diez años porque decidí que ya no quería hijos, con una me basta. Vivo sola y es padrísimo, pero a lo mejor me vuelvo a casar; tengo un galán sexualmente maravilloso, no es que sea feminista, pero me siento muy bien".

Hace dos semanas, una mujer quien manifestó haber sido muy amiga de Alaíde Foppa, dijo "ser feminista es ser excluyente, a mí me gustan los hombres".

Las respuestas a los tres comentarios, en el orden que se dieron: precisamente porque es feminista te gustó, porque cuestiona, porque exige igualdad, porque critica la opresión y denuncia, no para cobrar sino para transformar, porque recuerda el valor y el poder de la escritura.

En el segundo, dije a mi amiga tú eres una de las mujeres más feministas que conozco, eres autosuficiente, sabes por qué luchas y hacia dónde vas, sola o acompañada y no estás sola, estás contigo.

Y la última, a quien vi por primera vez, le repetí lo que he manifestado en clases, entrevistas, reuniones, desde hace años: el término feminista está muy manoseado y, por desgracia, una buena parte de la gente cree que la feminista es la que odia a los hombres y a los niños; la que avienta el brasier, la que está sola, la que es lesbiana y sufre, la que... pero no, creo que a las feministas, y me asumo como tal, nos gustan los hombres y mucho -a mí me encantan. A la que no le gustan, pues no y ya,


Daniel Correa Rojo

Rotmi Enciso

cada quien sus gustos, sea o no feminista, es muy respetable.

Amamos a los niños, algunas hemos optado por tener hijos, uno, dos o más. Me parece que no estamos locas, trabajamos, intentamos ser felices, cuestionamos a los machines que se nos cruzan en el camino, a los que nos avientan el coche en la calle y gritan "vieja tenía que ser". Por desgracia ya no contestó y se fue del lugar donde me encontraba.

Hace alrededor de un mes, en una reunión, otra vez mi amiga queridísima decía "Fulana es una vieja muy chingona, las viejas cada día van mejor". Le dije estoy de acuerdo, pero por qué no evitas el *vieja* y lo cambias por mujer. No deja de sonar peyorativo. Casi montó en cólera y argumentó que la palabra vieja, en el norte y en otros lugares de la República donde ha trabajado era maravillosa.

Mi contra argumentación fue que si bien es cierto que el contenido semántico de *vieja* era muy amplio, por lo general también es ambiguo y en la mayoría de los casos, despectivo.

Por ejemplo, en la escuela de mi hijo, en donde se supone respetan a los niños y a las niñas, una profesora de Educación Física, de segundo de primaria, hace un par de meses castigó a algunos niños ¡mandándolos a la fila de las niñas! Fue necesario ir a explicarle que eso no era un castigo sino una agresión y que -se supone- ningún colegio es un semillero de misoginia. Me pareció, por su expresión y su falta de argumentos, que ella nunca se lo había cuestionado. La muy conocida frase "vieja el último" tiene que ver con lo anterior.

De la misma manera que la ambigüedad de la palabra chingar exige un contexto, también la palabra vieja. Hace algunos años una mujer extranjera, uruguaya si mal no recuerdo, decía "por favor, explíquenme, por un lado mandan a la chingada a alguien y es algo terrible; pero por otro, dicen éste es muy chingón y resulta ser una persona extraordinaria. No entiendo".

El poeta Jaime Sabines afirmó "Me gusta la palabra viejo, pero odio la palabra senecto y más aún la de sexagenario, éstas son piezas irreversibles, pedantes y ominosas. Con la palabra viejo se puede jugar: mi vieja, mi viejo, viejos los cerros... y es afectuosa, suave, indecisa, pero con las otras es como si le pusieran a uno un corsé definitivo, como si lo entablaran a uno".

Con la palabra vieja también se puede jugar, es común escuchar "Voy a llegar con unas viejas... amistades", "Mi vieja va a cumplir veinticuatro años", "Fulana es una vieja buena onda", "Zutana es un viejorrón", "Mi viejita es un encanto". De hecho, como dice mi amiga, "Esa vieja es muy chingona".

Pero, aunque el contexto de cada país y de cada ciudad se adquiere conforme se crece en él y brota cuando es necesario, las mil y un veces que de manera cotidiana se refieren los hombres y muchas mujeres a las mujeres, en nuestro muy florido español es un tono peyorativo.

Quién de nosotras no ha escuchado por lo menos en las últimas veinticuatro horas algo así como "Vieja tenía que ser", "vieja al volante peligro al instante", "pinche vieja", "esa vieja está muy buena" (a veces el tono es el que da la pauta), entre otras cientos de frases que se repiten a lo largo de los días.

A pesar de las circunstancias, de los contextos, de los tonos, de los apelativos cariñosos, de las dudas, no estaría de más reflexionar -por lo menos en el umbral del milenio-, si nos hace felices ser mujeres o viejas, ser feministas asumidas o feministas incógnitas, ser totalmente palacio o ser totalmente mujeres en la escuela, en una cena, en la cama, en una fiesta escolar, en una reunión de cuates, en una junta de trabajo, en la sala de expulsión, en la cocina, en la calle, en el mercado, en la vida, al fin de cuentas.